



## **Las vocaciones de Claver en defensa de la vida y la dignidad humana**

Tulio Aristizábal, S.J.

Lectura presentada por el padre Tulio Aristizábal, con ocasión de la Semana por la Paz, que se tuvo en la Universidad Javeriana de Bogotá, del 8 al 12 de septiembre de 2003, con ocasión de conmemorarse los 350 años de la muerte de San Pedro Claver.

### Casualidad y Providencia

Lo que acontece en nuestra vida, ¿es casualidad o es Providencia? Para los budistas es el karma, la inmersión en el dios impersonal, Brahma, que libera de todo deseo; para otros es la causalidad, la fatalidad o el destino; lo que sucede sin remedio y está fuera de cualquier libre elección de los hombres. “Así tenía que suceder, así estaba escrito en el capricho de los dioses o en el misterio de los astros”, dicen, y se encierran en su egoísmo fatalista. Los griegos lo encarnaban en unas diosas, “Las Moiras”) , “Las Parcas” de los romanos, las diosas de la muerte y en general de las desgracias, del destino inflexible contra el cual nada se puede. Los creyentes sabemos que es Providencia; Dios que nos toma de su mano y va disponiéndolo todo, lo próspero lo mismo que lo adverso, no como fatalidad, sino siempre para nuestro bien. Y a nosotros nos queda la libertad de responder o no responder, de colaborar o no colaborar con esa su Providencia amorosa.

Entre aquellas disposiciones providenciales de Dios hacia los hombres, se destaca la vocación. Es un llamado que su amor hace a todos, una elección que nos invita a realizarnos en su servicio. Si somos dóciles sabremos que Él nos quiere en determinado estado de vida (matrimonio, vida religiosa, apostolado); en el ejercicio de determinada profesión (médico, ingeniero, arquitecto,



sacerdote); en la práctica de una bien definida actividad dentro de esa ocupación (dedicar nuestra atención a los enfermos, a los necesitados, a los pobres, o sostener y llevar adelante honestamente una familia). A eso llamamos “vocación”.

Así con Pedro Claver. Desde que era niño allá en Verdú, sintió el llamado de Dios, quiso ser religioso y sacerdote; y fue generoso al responder. Sólo que Claver, como casi todos nosotros, los hombres y mujeres de este mundo, no tuvo una, sino muchas llamadas, muchas vocaciones a las que fue respondiendo con absoluta generosidad. Así fabricó día a día su heroica santidad.

De cada una de estas vocaciones quiero hacer hoy mención, pues considero que ellas le fueron conduciendo hasta cristalizar en aquella obsesión suya, que lo hace modélico, cual fue la defensa de la vida y de la dignidad de los hombres.

### 1. Vocación al Sacerdocio.

Claver nació en Verdú, pequeña poblacioncita de Cataluña, en 1580. De familia humilde de agricultores y artesanos. Su padre era un campesino; de la tierra de labor sacaba lo suficiente para el sustento del hogar. Vivían bien, en la Calle Mayor. A Pedro lo bautizaron el 26 de junio de 1580, pocos días después de su nacimiento. El padrino fue Juan Borrell, dedicado a un trabajo ordinario todavía hoy muy popular en el sitio: la elaboración de vasijas de barro. Al pie de la partida de bautismo, el cura de la parroquia de Verdú estampó estas proféticas palabras: “Dios le haga buen cristiano”. ¿Premonición o casualidad? Providencia. No sólo buen Cristiano: Dios le hizo sacerdote y santo.

Porque su primera vocación fue al sacerdocio, iniciada muy temprano, a los quince años. Debió ser claro el llamamiento del Señor, pues a esa edad Pedro recibe la tonsura eclesiástica en la iglesia de Verdú de manos de don Pedro Jaime, obispo de Vich. El documento lo transcribe el padre Juan María Solá en su vida del santo, y dice que lo ha tomado del Proceso de Beatificación:



“Conozcan todos que Pedro Jacobo por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Vich, consejero real, el día viernes 8 de diciembre de 1595 en la iglesia parroquial de la villa de Verdú de nuestra diócesis de Vich, guardadas todas las solemnidades requeridas, consideramos que se debía conceder la primera tonsura clerical a nuestro dilecto en Cristo Pedro Claver, hijo de Pedro Claver, agricultor de la dicha villa de Verdú y de Ana su esposa, confirmado y encontrado idóneo y hábil en edad y en letras, y así le promovimos recta, conforme y canónicamente. En testimonio de lo cual suscribimos con nuestra mano y nuestro sello estas palabras. Dado en Verdú el día, mes y año dichos. Pedro, Obispo de Vich”.<sup>[1]</sup>

Era la costumbre de la época. Lo mismo había hecho San Ignacio, el fundador de la Compañía, “en su niñez de Azpeitia”<sup>[2]</sup>.

## 2. Vocación a la vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Claver parte de su natal Verdú a la capital del principado, Barcelona, para iniciar el curso de gramática. Lo hace con otros niños, probablemente en el Estudio General de la Universidad. Terminado éste, inicia en 1601 el de letras, es decir la filosofía, en el Colegio de Belén que regentan los jesuitas. Es cuando oye la voz de Dios que lo llama a la vida religiosa.

El ejemplo de aquellos maestros suyos entregados al apostolado de la educación, y cuya vida admira, le mueve a imitarlos. Traía el bagaje de una sólida formación religiosa recibida en el hogar. Y en el Colegio debió adquirir, junto con las letras, un mayor conocimiento y amor de Dios. Encontró allí sin duda quién dirigiera su alma y la encaminara por el sendero de la vocación a la Compañía.

A los veintidós años, en 1602, toca las puertas del noviciado en Tarragona, soñando con una vida consagrada al servicio de Dios como sacerdote y religioso.



Tomó las cosas en serio, pues desde un principio se esforzó por hacerlas bien. Lo dirá años más tarde su connovicio el padre Gaspar Sobrino, quien ya en Cartagena pudo muy bien afirmar: “Tan novicio está hoy el padre Claver en el modo, como cuando le conocí en el Noviciado”<sup>[3]</sup>.

Fuera de este concepto de su compañero, pocos datos conservamos de esos dos años suyos de prueba. Los biógrafos hablan de un pequeño libro de notas espirituales escritas por él, hoy perdido, y del cual citan algunas frases. Entre ellas, este programa de vida, epítome de lo que para él es la vocación religiosa: “Cuatro documentos, dice, que ha de guardar un novicio de la Compañía. “El primero buscar a Dios, y procurar hallarle en todas las cosas.

“El segundo, que emplee todas sus fuerzas en alcanzar de sí perfecta obediencia interior y exterior sujetando su juicio y voluntad a sus superiores como a la misma persona de Cristo Nuestro Señor.

“El tercero, que todo lo que hiciere lo enderece a la mayor gloria de Dios.

“El cuarto finalmente, que no busque en este mundo sino lo que busca Cristo Nuestro Señor, de manera que como Él vino al mundo para salvar las almas y morir por ellas en la cruz, así él procure ganarlas para Cristo y ofrecerse a cualquier trabajo y muerte por ellas con alegría; recibiendo cualquier afrenta que se le hiciere por amor de Nuestro Señor, con contento y regocijo de corazón y deseando que se le hagan muchas, con tal que él no dé causa de su parte para ello, ni ocasión en que Dios sea ofendido”<sup>[4]</sup>.

### 3. Vocación misionera a América.

Desde los años del colegio de Belén, sus maestros le inculcaron la piedad y le enfervorizaron el alma. Además de la ciencia, le enseñaron que el mundo era amplio, dilatado; y que en ese siglo XVI, a la tradicional Europa se le abrían los horizontes de la lejana América y del Oriente misterioso. Porque, entre clase y clase y muchas veces mezclando a Cicerón y Virgilio con asuntos más actuales,



les leían las cartas que Javier y muchos misioneros habían enviado al viejo mundo desde aquellas remotas regiones. Esto entusiasmaba a los jóvenes estudiantes.

Al terminar los dos años de Noviciado y uno más en Gerona dedicado al estudio de las Humanidades, Pedro debe partir para el Colegio de Montesión, en la isla de Mallorca. En Barcelona, antes de ir al noviciado, había hecho un año de filosofía. Ahora va a dedicarle otros tres para completar sus conocimientos.

Tiene lugar entonces un providencial encuentro que va a enrutar la vida de Pedro por caminos insospechados. Es con aquel hombre bondadoso y santo, el Hermano Alonso Rodríguez, XE "Rodríguez, Alonso S.I." quien se pasa las horas en la portería atendiendo impertinencias, siempre sonriente. Cada vez que llaman, responde imperturbable: "Ya voy, Señor".

Setenta y cuatro años tenía el santo portero, porque va a ser santo canonizado y todo, cuando allí, a la entrada del colegio, recibió a cuatro jovencitos que venían a seguir las lecciones del padre Blas Vayló, XE "Vayló, Blas S.I." reconocido como excelente profesor de artes. Eran Antonio Palao, XE "Palao, Antonio S.I." Gabriel Alegre, XE "Alegre, Gabriel S.I." Juan Humanes, XE "Humanes, Juan S.I." y Pedro Claver, XE "Claver, Pedro S.I.". Este último iba ya por los veinticinco años.

Desde ese instante, los ojos limpios del anciano penetraron en el limpio corazón del joven; comprendió sus valores, y ambos se hicieron amigos. Con una amistad profunda que giraba siempre alrededor de Dios. De eso hablaban en todos sus encuentros. El viejo para encender el corazón del joven. Éste, para pedirle con insistencia que le mostrara el camino de la santidad... Todo eso, y mucho más, le deparó Rodríguez.

Fue apuntando el joven filósofo las enseñanzas de su humilde maestro en otro librito que llevó siempre consigo. Años más tarde, en Cartagena, lo repasaba lleno de cariño. Le servía de recuerdo del hombre extraordinario que enriqueció



su vida espiritual, y con frecuencia hacía de él el tema de sus meditaciones. Antes de morir, lo envió al Noviciado de Tunja para que los jóvenes novicios aprendieran las enseñanzas del santo portero de Mallorca, que eran más o menos éstas:

"¿Qué he de hacer Hermano Alonso, para amar de veras a mi Señor Jesucristo? ¿Qué haré para agradarle?" le preguntaba el estudiante. Y Rodríguez no se contentaba con darle algún consejo, sino que le mostraba horizontes infinitos de absoluta generosidad y sacrificio total: "¡Qué de almas, le decía, darían al cielo en AméricXE "América"a, muchos que viven ociosos en EuropXE "Europa"a!... ¡Que la caridad de Dios no haya de surcar aquellos mares que ha sabido hendir la humana avaricia! Pues qué, ¿no valen también aquellas almas la vida de un Dios? Por ventura, ¿no ha muerto Él también por ellas? Pedro, hijo mío amadísimo, ¿por qué no vas tú también a recoger la sangre de Jesucristo? No sabe amar el que no sabe padecer. Allá te espera. ¡Si supieras el gran tesoro que te tiene preparado!".<sup>[5]</sup>

"No basta el corazón al dolor de que sea Dios desconocido en la mayor parte del mundo, porque hay pocos que vayan a darle a conocer... Sobran los operarios para el ocio donde es poca la mies, y no los hay donde es abundantísima... ¡Qué de almas darían al cielo en América, muchos que viven ociosos en Europa!... ¡Oh Hermano de mi alma, qué campo se le abre aquí al fervor! Si el celo de la casa de Dios le come las entrañas, vaya, vaya a Indias a poner cobro en tantas almas que allí se pierden. Gran tesoro le tiene Dios allí. No le hagan miedo los trabajos, que quien no sabe padecer no sabe amar".<sup>[6]</sup>

Fue esta su tercera vocación. Las repetidas palabras de Alonso encendieron en el corazón de Pedro el deseo de ser misionero en América. Y desde ese momento pidió con insistencia a su superiores que lo destinaran a aquellas tierras.

Había regresado a Barcelona y llevaba ya catorce meses dedicado al estudio de la teología, cuando el 23 de enero de 1610 su Superior Provincial padre José de



Villegas le escribe destinándolo como misionero al que entonces se llamaba Nuevo Reino de Granada.

"No hay que resistir más, le dice, a la voluntad de Nuestro Señor, la cual bien he experimentado en los deseos que siempre le ha dado de emplearse en su santo servicio con los Indios, los cuales con la divina gracia, confío que han de ser de usted muy ayudados... Por tanto luego, en despachándole el Padre Rector,... se ponga en camino y venga a Tarragona "Tarragona", para que se vaya junto con los demás hasta Valencia "Valencia", de donde se partirá para Sevilla "Sevilla" con la compañía que le darán allí conforme a lo que yo ordenare... No más, sino que el Señor le eche su cumplida bendición y enderece todas sus cosas y trabajos a mayor gloria suya, como yo se lo suplico "Villegas, José de S.I." [4]. El 15 de abril se embarca en Sevilla en el galeón "San Pedro" con otros tres jesuitas y después de larga navegación, llega a Cartagena de Indias. Pasa algún tiempo en el colegio, en donde tiene ocasión de conocer la obra que adelanta el padre Alonso de Sandoval con los esclavos negros. Se entusiasma con ella y sueña con regresar algún día a aquel puerto para ayudar al misionero. En ese momento la Comunidad de Cartagena estaba integrada por 10 jesuitas. Existía una residencia en Panamá donde trabajaban otros diez. Pero Pedro debía continuar su viaje por el río Magdalena hasta Santafé de Bogotá a continuar sus estudios.

#### 4. Vocación a trabajar como hermano lego en la Compañía.

Hay en la vida de Claver un hecho poco conocido, por el que pasan sus biógrafos ligeramente, y que pudo haber cambiado por completo el curso de su vocación. Desde los estudios de filosofía en el colegio de Montesión admiró en gran medida, como lo anotamos, la personalidad de aquel Hermano portero extraordinario en su virtud, Alonso Rodríguez. Vio en él un modelo de religioso y santo, digno de ser imitado. Y desde entonces el deseo de seguir sus huellas fue una constante en la vida del joven estudiante. Creyó ver en ello la inspiración de Dios, y con insistencia soñaba en santificarse cumpliendo la vida del sencillo hermano lego, atendiendo a los oficios más humildes de la vida religiosa, como la portería, el comedor o la cocina. Así lo comunicó con gran



humildad y sencillez a sus superiores, quienes estudiaron con atención el caso. Bien podrían haber aprobado su determinación; pero veían en su talento y cualidades una muy definida vocación al sacerdocio. Prefirieron esperar, y así se lo hicieron saber. Le aconsejaron que continuara sus estudios y pidiera luz al Señor para no equivocarse en aquella elección. Pedro siguió con toda fidelidad tan sabios consejos, y esperó.

Es muy probable que esta circunstancia hubiera inclinado a los superiores a enviarlo a las Indias sin terminar su teología. Las dudas continuaban, y ellos le aconsejaron venirse a América, seguir allí sus estudios y pedir luces al Señor. Así parece, pues no era frecuente entonces destinar a las misiones a estudiantes jesuitas. Lo ordinario era enviarlos o al terminar el noviciado, o después de coronado el currículo de sus estudios de filosofía y teología. Claver llega a Cartagena después de hacer dos años de teología en España; le faltaban otros dos para recibir las órdenes sagradas. Creían tal vez sus consejeros que la experiencia de este nuevo destino, el contacto con los misioneros, y los horizontes que se le abrirían en el Nuevo Mundo iban a entusiasmarlo con el trabajo sacerdotal.

Y fue esto lo que pasó. El ejemplo del padre Alonso de Sandoval, dedicado en cuerpo y alma al apostolado sacerdotal con los africanos, debió parecerle muy atractivo. Y con esta preocupación partió para Santafé.

Pero al llegar, se encuentra que en la naciente Academia Javeriana no hay aún profesores de teología. Ya se han iniciado los estudios de letras, pero la ciencia de Dios llegará más tarde. Y Claver espera dos largos años. Mientras tanto, a hacer los oficios del hermano: atender a la portería, preparar el comedor, arreglar los ornamentos para la misa en la iglesia, y mil cosas más. Todo lo hace con el mayor gusto y generosidad. Se siente realizado sirviendo en lo humilde. Piensa que esa es su vocación.

Hasta que, pasados dos años, llega el padre Santillán desde España con una lucida expedición de jóvenes jesuitas, entre los cuales está un excelente profesor de teología, el padre Antonio Agustín, quien ya se había estrenado en





Tarragona como lector de aquella cátedra. Bajo su dirección hace Claver los estudios que le faltan. Se destacó entonces como brillante alumno. Uno de sus condiscípulos, el jesuita José Alitrán, afirma: "Después de dos años de haber pasado el Padre Pedro Claver a estas partes (se refiere a América), vino también este testigo, y lo conoció cuando estudiaba teología en el Colegio de la ciudad de Santafé, donde al mismo tiempo que lo tenían por santo, lo admiraban por ser un gran estudiante"<sup>[8]</sup>.

Termina su carrera y llega por fin el momento de ser consagrado sacerdote. Mas Pedro cree ver la voluntad de Dios en otra circunstancia inesperada: No hay arzobispo en Santafé, la sede está vacante. Nueva insistencia ante sus superiores para dedicarse a los oficios domésticos en su vocación de Hermano. El Provincial es el padre Gonzalo Lyra que conoce muy bien los valores del religioso. Insiste, y lo envía al Noviciado de Tunja para que haga allí el último año de la carrera del jesuita, la llamada "Tercera Probación", en la que va a dedicarse a las cosas del espíritu y a reevaluar una vez más su vocación. Corre el año de 1615, y en ese tiempo Claver medita cuidadosamente en el llamado del Señor, y en la soledad del noviciado ve por fin claramente que su vocación es al sacerdocio. Por eso, terminados ahora sí definitivamente los años de formación, parte para Cartagena en noviembre de ese año, y el 19 de marzo del siguiente recibe las órdenes sagradas que le impone el obispo de la ciudad, el dominico Fray Pedro de la Vega. Al día siguiente celebrará su primera misa en la pequeña iglesia del colegio, ante la imagen de la Virgen del Milagro que Alonso de Sandoval había traído desde la población antioqueña de Zaragoza, a la que Claver profesará siempre una tierna y filial devoción.

##### 5. Vocación a la defensa de la vida y de la dignidad humana.

Vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa, al trabajo misionero y a la humildad de una cocina o una portería, han sido muchas en la historia de la Iglesia. También han sido abundantes las dedicadas a la defensa del pobre y del necesitado. Pero en el grado, con la dedicación y con el amor heroico de Pedro Claver, tal vez no han sido tantas.



Es la quinta y última vocación del santo. En ella tienen su culminación las demás, y es la que lo adelanta trescientos años a su tiempo y lo constituye, antes del nombre, en el "DEFENSOR DE LOS DERECHOS HUMANOS".

En Cartagena lo espera aquel amigo suyo, Alonso de Sandoval, a quien había visto al llegar de España dedicado al difícil, ingrato pero tan meritorio apostolado con los pobres esclavos traídos sin misericordia desde las playas africanas, para trabajar literalmente como animales en las minas y los campos de América.

El 3 de abril de 1622, muy probablemente ante esa misma imagen milagrosa de María que presidió su primera misa, hará profesión solemne en la Compañía de Jesús. Por ella se compromete en forma definitiva a ser pobre, casto y obediente hasta la muerte, y a dedicar todas sus energías al trabajo con los esclavos negros. Al pie de este documento asienta su firma, a la que añade las palabras que de ahí en adelante van a identificarlo: "PETRUS CLAVER AETHIOPUM SEMPER SERVUS" "Pedro Claver, esclavo de los esclavos para siempre".

Detenernos en los detalles de esa vida, bien conocida por todos, sería objeto de otra exposición cuidadosa y complicada, que se sale de las intenciones de esta exposición. Allí están los documentos:

El libro del Proceso de beatificación y canonización del religioso que es un espejo. Van desfilando en él, uno tras otro, quienes le conocieron; sus hermanos en religión, sus amigos y amigas españoles, los intérpretes africanos que fueron sus compañeros en el trabajo y estuvieron con él las veinticuatro horas de cada día hasta su muerte, los enfermos de los hospitales, los leprosos de San Lázaro, los mendigos y los prisioneros. Todos sin excepción afirman que Claver estuvo siempre de parte del indigente y del perseguido.

Están las innumerables biografías, que comienzan a publicarse inmediatamente después de su muerte, y que afirman lo mismo. Admiran en él, no su elocuencia



ni su talento que por supuesto fueron destacados, sino ese desinterés y amor por quienes no cuentan para la sociedad, por los explotados y oprimidos.

Los muchos y profundos estudios monográficos sobre las diversas facetas de su apostolado, todos ellos relacionados en una u otra forma con la angustia de libertad y exaltación de las persona del hermano marginado. Y tantos otros escritos más.

Bástenos saber que ante su sepulcro son muchos los que han ido desfilando a lo largo de los años para orar, para buscar sentido a sus vidas de cristianos e inspiración al trabajo en defensa de los derechos humanos.

Él, desde el Santuario de Cartagena, nos está diciendo que son muy variadas las vocaciones a las que llama el Señor a los hombres. Pero que sobre todas hay una que no podemos nunca eludir y menos en nuestros tiempos; a la que por desgracia responden muy pocos. A nosotros, a los del montón, nos resta admirarla y con nuestra solidaridad, apoyarla humildemente. Es la que deja de lado tantas actividades plenas de satisfacción, para consagrarse al más abandonado, al más incomprendido. Fue la última y sublime vocación del apóstol de Cartagena: la defensa de la vida y de la dignidad humanas.

Este fue Claver. No escribió un tratado sobre la esclavitud. No lanzó proclamas en defensa de un mundo sin siervos. No soñó con un Camelot en donde todos los hombres iríamos a sentarnos en torno a una mesa redonda en una sociedad sin clases. Estuvo treinta y ocho años al lado del pobre, del despreciado, del explotado.

Sin muchas teorías, llevó a la práctica cotidiana la incontestable verdad evangélica de la igualdad entre los hombres. Y se asimiló profundamente la mentalidad de Alonso de Sandoval, quien en su inmortal tratado sobre la esclavitud, dejó estampadas estas inmortales palabras que a veces se citan en revistas y libros, pero que pocos aprecian en su verdadero valor de documento premonitorio de la realidad que hoy vivimos:



“Sabida cosa es..., dice, que al principio del mundo no pobló Dios Nuestro Señor la tierra de señores y esclavos, ni se conoció entre los primeros vecinos de él mayoría, hasta que andando el tiempo y creciendo la malicia, comenzaron unos a tiranizar la libertad de los otros... El pobre y el rey, dice Salomón (Sap. 7) el monarca y el pastorcico nacieron de una misma suerte, y pasaron por unas leyes: no se esmeró más la naturaleza en la forja del príncipe que en la del plebeyo, ni se vistió de más galas para vestir al caballero que al villano; no dio más ojos, ni más pies y brazos al noble que al pechero. Porque los grandes y pequeños todos tenemos un principio y hemos de tener un fin... Lo mismo dice Isaías (Is. 24). Todos viven debajo de un cielo, a todos alumbrá un mismo sol, a nadie se niega el aire y los demás elementos, como muy bien considera el filósofo Séneca (Séneca, II, 4 EP. 31). De manera que si el señor se precia de mandar bien sus miembros, no se le encogen al vasallo por serlo; y si el príncipe puede naturalmente extender los dedos de sus manos que fue entre los antiguos símbolo de libertad, también los alarga el esclavo, por más señales exteriores que le pongan de no tenerla”<sup>[9]</sup>.

Es ésta la razón por la cual el Congreso de Colombia, mediante ley del 18 de Noviembre de 1985, ordena que se erija “en la ciudad de Cartagena de Indias una escultura en honor de los Derechos Humanos, en donde estén representados SAN PEDRO CLAVER, el Sacerdote Alonso de Sandoval y el Hermano Nicolás González, como precursores del alivio y defensa de los oprimidos en América”. Firma el doctor Belisario Betancur, Presidente de Colombia.

En cumplimiento de esta ley, un poco tarde, en Cartagena desde el día 9 de septiembre del año 2001 adorna la plaza que lleva su nombre una estatua de Pedro Claver, no levantada sobre pomposo pedestal como suelen estar nuestros héroes, sino a la altura de la calle, paseándose por la ciudad con nosotros en compañía de uno de sus amigos, que bien puede ser Francisco Yolofo, o Andrés Sacabuche, o Alonso Angola, o cualquiera otro de aquellos esclavos que estaban siempre con él; al que amistosamente coloca en silencio la mano sobre su hombro, como lo hacía tantas veces al recorrer las calles, proclamando la



dignidad de esos hijos suyos, los negros africanos. Y repitiéndonos hasta la saciedad, no con palabras pues los únicos escritos que de él nos quedan son tan solo tres cartas, a nosotros que tanto teorizamos, que las frases elocuentes no bastan para proclamar los derechos humanos; que es menester encarnarlos en acciones, hoy diríamos en políticas de Estado.

Porque Claver, como cuantos han dejado huella de su paso por este mundo, dijo una palabra; una única palabra que encierra su mensaje. No una palabra ruidosa y espectacular, pues no fue él un teorizador, ni tampoco un técnico como lo fue su amigo y maestro Sandoval. Su palabra fue la voz de un testigo, más conmovedora que la de muchos otros. De ahí que esa su palabra resulte mucho más necesaria e imprescindible. Es la palabra del amor total, del amor hasta el extremo.

Lo acaba de expresar, en su característico lenguaje coloquial, nuestro Presidente, el doctor Álvaro Uribe Vélez, al dirigirse al Congreso de la República el pasado 20 de julio: “Requerimos menos simposios, menos tertulias, menos conferencias y más acciones eficaces”.

TULIO ARISTIZABAL S.J.



## BIBLIOGRAFÍA

FERNANDEZ, JOSEF, S.J. "Apostólica y penitente vida del V.P. Pedro Claver de la Compañía de Jesús. Sacada principalmente de informaciones jurídicas hechas ante el Ordinario de Cartagena de Indias". Zaragoza, Ed. Diego Dormer, 1.666. 667 pág. 22x16.

GARCIA-VILLOSLADA, RICARDO, S.I. "San Ignacio de Loyola. Nueva biografía". Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1.986. 1066 pág. 24x15.

PROCESO DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE SAN PEDRO CLAVER. Edición de 1696. Traducción del latín y del italiano, y notas de Anna María Splendiani y Tulio Aristizábal S. J. Pontificia Universidad Javeriana. Universidad Católica del Táchira. 2002. 593 pág. 24x16.

SOLA, JUAN MARIA, S. J. "Vida de San Pedro Claver de la Compañía de Jesús, apóstol de los negros", por el P. José Fernández... refundida y acrecentada por el Padre Juan María Solá. Imprenta y librería Subirana, Barcelona, 1.888. 624 pág. 19x12.

VALTIERRA, ANGEL, S.J. "San Pedro Claver, el santo que liberó una raza". Nueva edición. Ed. Pax, Bogotá, 1.964. 391 pág. 21x14.